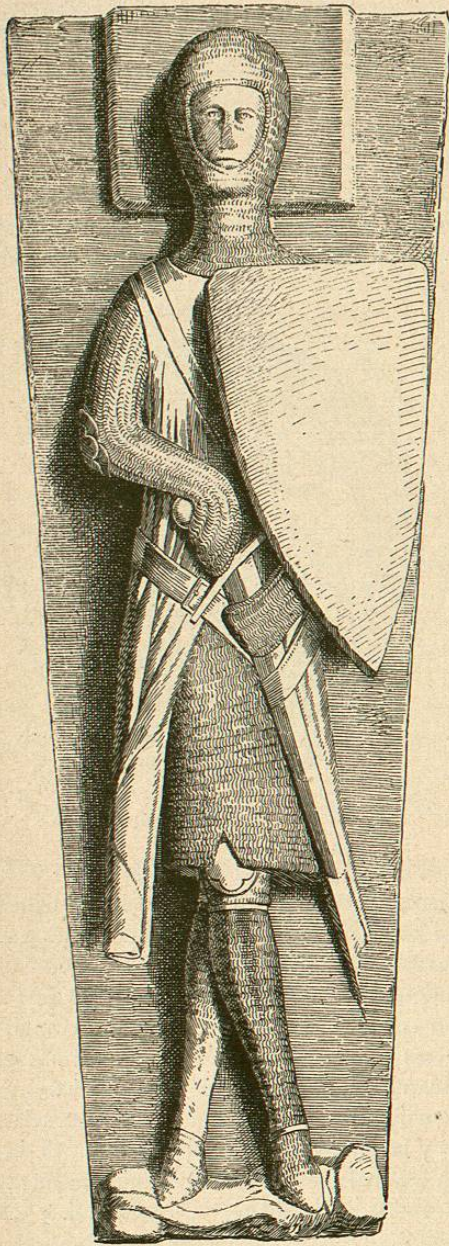


se revelaron de una manera brusca en la asechanza de octubre de 1307. Al contrario, Felipe recompensó al Temple, por el apoyo moral que le había prestado durante la desavenencia con Bonifacio, por medio de cartas de protección y de privilegios, en 1303 y 1304. El



Estadua de un caballero templario (armado como en la primera mitad del siglo XIII), existente en la catedral de Salisburv

tesoro real, retirado del Temple en 1295, había vuelto á depositarse allí en 1303. Se cuenta, es cierto, que habiéndose promovido una sedición en París, en 1306, los amotinados sitiaron la fortaleza del Temple, «donde el rey de Francia estaba entonces con algunos barones.» La leyenda se ha apoderado de este hecho. Algunos historiadores han dicho que los templarios «fueron notados por haber contribuído á aquella sedición» y que el rey, «puesto en el caso, durante su permanencia detrás de las murallas del Temple, de formar concepto de las riquezas y del poder de los caballeros,» meditó desde entonces su pérdida. Pero el rey y sus gentes no te-

nían necesidad de tal cosa para saber á qué atenerse acerca de los recursos de la orden del Temple.

El hecho es que no sabe ni por qué, ni cómo, ni en qué fecha nació en la corte de Francia el proyecto de destruir aquella orden. El cronista florentino Villani cuenta que un templario, «prior de Montfaucón,» y Noffo Dei, mercader de Florencia, hombres de mala vida, que estaban encerrados en la cárcel de Tolosa, pensaron recobrar su libertad denunciando á unos oficiales del rey las prácticas de los templarios. Por otra parte, un capellán de Urbano V, que escribía hacia el año 1365, cuenta que un templario, en vísperas de ser ejecutado por sus crímenes, confesó en la cárcel real de Tolosa á uno de sus compañeros de prisión llamado Esquiu, de Beziers, lo que pasaba en su orden; y Esquiu se habría apresurado á denunciar la cosa al rey (1). Un solo detalle es cierto, á saber: que desde 1305 algunos familiares del rey pensaban en descargar el golpe contra los templarios. Hablaron de ello á Clemente en la entrevista de Lyon. Durante el año 1306 hubo con este motivo, entre la corte de Francia y la curia, correspondencias secretas que no han dejado rastro. En la primavera de 1307 Felipe instaba al papa para que le concediera una entrevista; el asunto de los templarios era uno de los que en ella debían tratarse. El gran maestre del Temple, Santiago de Molai, acababa justamente de llegar á Francia desde Oriente, con un séquito de sesenta caballeros, llamado por el papa para que le informase de lo que ocurría en la Tierra Santa. Su venida había suscitado comentarios sin fin: se decía que el gran maestre iba á establecer su cuartel general en Occidente, que en sus equipajes había traído inmensos tesoros, etc. Clemente V, que sabía sin duda lo que el rey quería de él, vaciló miserablemente. Sus cartas dan lástima: está enfermo, se excusa con las jaquecas y las sangrías. Por fin la entrevista tuvo lugar en Poitiers. «No habéis olvidado, escribe Clemente V en 24 de agosto de 1307, que en Poitiers nos habéis hablado varias veces de los templarios. No podíamos resolvernó á creer lo que se nos dijo acerca de ellos, tan imposible parecía. Sin embargo, nos vemos obligados á dudar y á informarnos, siguiendo el consejo de nuestros hermanos los cardenales, con gran turbación de nuestro espíritu. En atención á que el maestre y muchos preceptores del Temple, habiendo sabido la mala opinión que habéis manifestado acerca de ellos á Nos y á varios príncipes, nos han pedido que abriéramos una información sobre los crímenes que les son, según dicen ellos, falsamente atribuídos, hemos resuelto, efectivamente, incoar una información.» Tal era el estado de las cosas á fines de agosto de 1307: el papa, varios príncipes, los mismos jefes de los templarios sabían que algo se tramaba; el formidable cúmulo de calumnias que Nogaret produjo más tarde estaba ya formado; el papa decía que estaba pronto á instituir una información sobre los hechos objeto de la denuncia.

Clemente V había fatigado á Felipe con sus tergiversaciones. Le rogaba todavía, al fin de su carta de 24 de

(1) Otra versión, también poco digna de fe, se lee en las *Gestes des Chiprois* (Ginebra, 1887, pág. 329). Santiago de Molai habría destituido al tesorero del Temple de París, demasiado complaciente con Felipe *el Hermoso*, y habría respondido «de modo distinto del que debía al ruego de un hombre tal como el rey.»

agosto, que no se apresurase á contestar relativamente al proyecto de información, «ya que, según el consejo de nuestros médicos, nos disponemos á tomar algunas pociones preparatorias y después purgarnos en septiembre, lo cual nos será muy útil.» Ahora bien; mientras que el papa esperaba, como un niño, ganar tiempo pretextando enfermedad, el rey, instalado en la abadía de Maubuisson, cerca de Pontoise, preparaba con sus consejeros actos fulminantes. Un dominico, regente de teología en la Universidad de París, envía á decir en octubre al rey de Aragón que «ha asistido desde hace seis meses á varias reuniones en las que se ha debatido, en el más riguroso misterio, la cuestión de los templarios.» El consejo real parece que se dividió al principio; pero prevaleció el partido de la violencia. «En el año 1307, el 22 de septiembre, escribe el redactor de uno de los registros del Tesoro de las Cartas, estando el rey



Sello de la orden de los Templarios

en el monasterio de Maubuisson, se confiaron los sellos al señor Guillermo de Nogaret, caballero; aquel día se trató del arresto de los templarios.» Se ven todavía en Maubuisson las ruinas del edificio en que tuvo lugar esta sesión de 22 de septiembre, que puso la suerte del Temple entre las manos inexorables de Nogaret. Los caballeros no sentían entonces ninguna desconfianza. Santiago de Molai se había despedido del papa completamente tranquilo, persuadido de que había justificado su orden. El 12 de octubre, en París, figuró en los obsequios fúnebres de la condesa de Valois, al lado del rey. Pero al día siguiente Molai y todos los templarios de Francia fueron arrestados á la misma hora, y los bienes de la orden fueron embargados, en nombre de la Inquisición, bajo inculpación de herejía. Nogaret había preparado esa redada, expidiendo á todos los oficiales del rey órdenes en pliego cerrado, para abrirlo el día señalado por otras cédulas reales. El inquisidor de Francia, Guillermo de París, confesor del rey, había enviado por su parte instrucciones á todos los priores dominicos, ordenándoles que recibiesen é interrogasen lo más pronto posible á los templarios que serían conducidos á su presencia. En ninguna parte los caballeros resistieron; apenas si algunos consiguieron escapar «con vestidos de color.» Nogaret quiso proceder en persona á la detención de los que residían en el Temple central de París.

La Inquisición, creada para suprimir la herejía, se convertía, pues, así en Francia como en Italia, en instrumento para destruir á aquellos que habían incurrido en la desgracia ó en la cólera de la autoridad temporal.

En 8 de diciembre de 1301, Felipe *el Hermoso*, advertido de los abusos cometidos por los inquisidores en el Langüedoc, escribió al arzobispo de Tolosa: «Bajo capa de una represión lícita, se han atrevido á hacer cosas enteramente ilícitas; bajo apariencias de piedad, cosas impías; bajo pretexto de defender la fe católica, han cometido ruindades.» Ahora, á instigación de Nogaret, él mismo apelaba á los procedimientos infalibles del Santo Oficio. No fué culpa del guardasellos de 1307 si la Inquisición política, á la usanza en los países del

Mediodía, de los príncipes güelfos de Italia y de los reyes católicos de España, no se aclimató en nuestro país.

### III.—El proceso de los templarios. Primera fase, hasta el verano de 1308

¡Qué monumento la alocución que fué leída al pueblo para justificar el arresto en masa del 13 de octubre! Es de Nogaret, ese hijo de albigense, siempre pronto á difamar á sus adversarios con la acusación de herejía. Empieza dicha proclama con un preámbulo retumbante, recargado, presuntuoso: «Una cosa amarga, una cosa deplorable, una cosa terrible de pensar, terrible de oír, detestable, execrable, abominable, inhumana, había ya resonado en nuestros oídos, no sin hacernos estremecer de violento horror. Un dolor inmenso se desarrolla en nosotros en presencia de crímenes tan numerosos y tan atroces, que llegan hasta la ofensa de la Majestad Divina, el detrimento de la fe, el escándalo de todos. La razón sufre de ver á unos hombres salirse voluntariamente de los límites de la naturaleza; queda turbada de ver una raza olvidadiza de su condición, ignorante de su dignidad, que no comprende dónde está el honor.» El autor del manifiesto sigue mucho tiempo en este mismo tono, con elegancias que hacen estremecer: «Ha abandonado la fuente de la vida; ha cambiado su gloria en la adoración del becerro; ha sacrificado á los ídolos, esa raza inmunda y pérfida cuyos actos detestables y hasta cuyas palabras manchan la tierra con su inmundicia, suprimen los beneficios del rocío, infestan la pureza de los aires.» Finalmente precisa, y, después de tantas precauciones oratorias, resume las acusaciones fangosas recogidas por el gobierno real contra los hermanos del Temple que, «ocultando el lobo bajo la apariencia del cordero, ajustician por segunda vez á Jesucristo.» Les acusa, entre otras cosas, de obligarse, por el voto de su profesión, á renegar de Cristo y á entregarse entre ellos á desórdenes innobles. Indudablemente era audaz presentar estos crímenes como artículos del reglamento interior de una orden religiosa; pero Nogaret tenía una confianza ilimitada en el poder de la mentira. Se apresura, por lo demás, á protestar de que el rey hubiera comenzado por atribuir las denuncias «á la envidia, al odio, á la codicia,» más que «al fervor de la fe,» «al celo de la justicia,» ó «á un sentimiento de caridad;» pero ha debido rendirse «ante los legítimos motivos de creer,» ante las conjeturas probables, y sobre todo, «ante las comprobaciones.» Se ha consultado al papa, el rey ha deliberado con sus prelados y con sus barones, y por esto cede ahora «á las súplicas de su muy amado en Nuestro Señor, hermano Guillermo de París, inquisidor de la herejía,» que ha invocado espontáneamente el auxilio del brazo secular.

El asentimiento (supuesto) del papa y la iniciativa (sugerida) del inquisidor estaban destinados á legitimar, desde el punto de vista del derecho, el arresto, la confiscación y todas las medidas subsiguientes. De esta suerte, la operación arbitraria se transformaba en obra piadosa. «La cólera de Dios, termina diciendo Nogaret en nombre del rey, se abatirá sobre esos hijos de la incredulidad; porque nosotros hemos sido colocados por Dios en el alto puesto de la eminencia real para la defensa de la fe y de la libertad de la Iglesia.»

El enfático discurso fué leído públicamente en las provincias. En París, el domingo 15 de octubre, hubo un *meeting* popular en los jardines del palacio real, que fué una nueva edición de la reunión pública de 1303 contra Bonifacio. Dominicos y gentes del rey glosaron en dicho *meeting* el tema de la circular oficial.

La circular era para el público, pero iba acompañada de una instrucción confidencial del rey á sus agentes, en estilo breve y terminante. Los comisarios del rey en el asunto de los templarios administrarán los bienes de la orden, de los cuales levantarán inventario; «pondrán á las personas bajo buena y segura custodia,» les interrogarán, y solamente después de este primer interrogatorio llamarán á los comisarios del inquisidor para descubrir la verdad «por medio del tormento, si fuera preciso.» Harán escribir las declaraciones de aquellos que hubieren confesado. Para exhortar á los inculpados á que confiesen, se les propondrá la alternativa del perdón ó de la muerte. Se les interrogará en términos generales hasta que se saque de ellos la verdad—«la verdad, es decir, las confesiones»—y «que perseveren en las mismas.»

Estas instrucciones se siguieron al pie de la letra. En el espacio de un mes, el hermano Guillermo de París y sus auxiliares enviaron al Temple 138 prisioneros. Se conservan las actas de los juicios y las de las informaciones practicadas por los inquisidores en Champaña, en Normandía, en Querci, en Bigorra y en Langüedoc.

Los templarios de París comparecieron unos después de otros, en una sala baja de su propia fortaleza, ante los monjes asistidos de consejeros del rey (Hugo de la Celle y Simón de Montigni), de escribanos, de verdugos y rodeados de una multitud de espectadores (*multi astantes*). Las actas notariales no contienen más que las declaraciones; no dicen una palabra sobre los tormentos; pero esos tormentos previos fueron atroces, según las víctimas declararon más tarde. Jaime Saci vió morir veinticinco hermanos de resultas del tormento. Los que no fueron sometidos á dieta rigurosa quedaron recluidos á pan y agua por espacio de un mes antes de su comparecencia. La mejor prueba de la intensidad de los suplicios es la unanimidad de las confesiones, de las cuales casi todos los acusados se retractaron cuando creyeron estar delante de jueces imparciales. Entre 138 hermanos que pasaron en París por el hierro y el fuego de la Inquisición, no hubo más que unos pocos corazones inquebrantables. Uno de ellos fué Juan, llamado de París, de veinticuatro años; no confesó nada, *nihil dixit*. Otro fué el hermano Lamberto de Toisi, de cuarenta años; dijo que el día de su recepción le habían hecho prometer que observaría muchas costumbres de la orden, «santas y devotas,» y que «no sabía nada de lo demás.»

Entre los que confesaron había hombres muy bravos, por ejemplo el maestre Santiago de Molai, Hugo de Pairaud, visitador de Francia, y Godofredo de Charnai, preceptor de Normandía. Este reconoció que había renegado de Cristo y que un preceptor de Auvernia le había recomendado la sodomía; preguntado si había escupido sobre la cruz, respondió: «Ya no lo sé, íbamos aprisa.» Hugo de Pairaud se entregó por completo; confesó que la apostasía, los salivazos sobre la cruz formaban parte de los estatutos y que él mismo había

aconsejado las costumbres infames; declaró, sin embargo, que todos los hermanos no habían sido recibidos con estos ritos detestables; pero después de una suspensión de la audiencia, se retractó de su declaración, diciendo: «He comprendido mal, he oído mal; creo que todos los hermanos eran recibidos como yo lo fuí.» En cuanto á Santiago de Molai, confesó la apostasía y los salivazos. He aquí de qué modo se condujeron los tres primeros dignatarios de la orden. ¿Cómo no excusar á los subalternos que para agradar á sus atormentadores se ingeniaron en inventar perfidias: ese Guillermo de Gi, que cortó sus relaciones inmundas con el gran maestre; ese Raniero de Larchant, que sugirió á los inquisidores la idea de buscar una alusión obscena en las primeras palabras del salmo de los Grados, de David: *Ecce quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum*, que los templarios cantaban el día de su profesión?

Como los inquisidores de París, los de provincias hicieron su deber á conciencia. También cosecharon confesiones. «A fuerza de torturas» abrieron las mandíbulas más rebeldes. «Nuestros hermanos, escribían en 1310 los últimos defensores de la orden, dijeron lo que querían los verdugos, *dixerunt voluntatem torquentium.*»

Si Nogaret y sus colaboradores, los dominicos de Guillermo de París, no hubieran tenido que contar con Clemente V, jamás los calabozos hubieran entreabierto sus puertas: de los templarios, como de tantos otros llevados ante los tribunales de la Inquisición, la posteridad no conocería más que la suerte final. Pero Clemente V se ofendió mucho al saber el golpe de mano de 13 de octubre, ejecutado en su nombre (ó poco menos) y, en realidad, sin su permiso. Por muy abajo que este papa valetudinario hubiese caído, se permitió escribir al rey (27 de octubre) para quejarse de un procedimiento precipitado y afrentoso. Fué menester negociar un compromiso que satisfizo á la vez las suspicacias de la Santa Sede y los designios del gobierno real. Desde el 22 de noviembre todo pareció arreglado: en su letra *Pastoralis praeeminentia*, de aquella fecha, Clemente alaba el celo de Felipe, refiere las confesiones de los jefes de la orden, se declara quebrantado, si no convencido, y ordena á todos los príncipes cristianos que prendan á los templarios de sus Estados. Sin embargo, á principios de 1308, todo está cambiado: el papa se manifiesta incrédulo, reprueba la conducta de los inquisidores y de los obispos de Francia, suspende su procedimiento y llama á sí el conocimiento del asunto. La orden estaba salvada si el jefe de la Iglesia hubiera persistido en esta actitud enérgica; ya los templarios volvían á cobrar ánimo; el visitador Hugo de Pairaud, á quien los dos cardenales designados por la curia para estudiar el asunto habían «invitado á comer,» se retractaba de sus confesiones. Nogaret vió el peligro, comprendió que para acabar con el Temple era antes indispensable reducir á Clemente V, é injertó una campaña contra éste en su campaña contra los templarios.

La campaña que se dirigió entonces contra Clemente es una de las más furibundas que nunca se hayan visto. «Que el papa vaya con cuidado, escribía Dubois: es simoníaco; por afecto á la sangre, da los beneficios de la santa Iglesia de Dios á sus próximos parientes; es peor que Bonifacio, que no cometió tantas iniquidades. Es menester que esto le baste: que no venda la justicia.

IV.—*El proceso de los templarios, segunda fase, hasta el concilio de Viena*

Los dos procesos se siguieron paralelamente, á partir del otoño de 1308, en toda la cristiandad. Hasta el fondo de la Acaya, de las Baleares y de Cerdeña se organizaron tribunales episcopales para juzgar á las personas de los templarios. El episcopado europeo estuvo ocupado en esta tarea hasta la primavera de 1310. Al mismo tiempo se incoó también el proceso contra la orden; en 9 de agosto de 1309, la comisión pontificia,



Templario en traje de casa

Se podría creer que sólo á fuerza de oro protege á los templarios, culpables y confesos, contra el celo católico del rey de Francia. Moisés, el amigo de Dios, nos enseñó la conducta que debemos observar con los templarios, cuando dijo: «Que cada cual tome su espada y mate á su más próximo vecino.» Moisés hizo matar, para el ejemplo de Israel, á veintidós mil personas sin haber pedido el consentimiento de Aarón, á quien Dios había instituido gran sacerdote...» El pueblo estaba exaltado por declamaciones de esta especie cuando se le llamó al objeto de designar diputados á la asamblea convocada en Tours para el mes de mayo de 1308. El decreto de convocación es también obra de Nogaret. En él se dice que el rey es el enemigo nato de las herejías, el defensor de ese incomparable tesoro, la preciosísima perla de la fe católica. En él se enumeran de nuevo los abominables errores del Temple: «El cielo y la tierra están agitados por el soplo de tan gran crimen.» Toca al pueblo de Francia purgar de ese crimen al mundo. «Contra una peste tan malvada deben alzarse las leyes y las armas, hasta los animales y los cuatro elementos... Queremos haceros participar en esta obra, muy fieles cristianos, y os ordenamos que enviéis sin tardanza á Tours dos hombres de fe robusta que, en nombre de vuestras comunidades, nos asistan en las medidas que será conveniente tomar.»

Clemente, amenazado por las armas emponzoñadas que habían vencido á Bonifacio, tuvo miedo; volvió á las tentativas de conciliación, no sin multiplicar todavía las escapatorias y los aplazamientos, únicos recursos de su debilidad. Se convino, por fin, en una segunda entrevista celebrada en Poitiers en verano de 1308, que los templarios sometidos hasta entonces á la autoridad del rey serían entregados al papa, quien restituiría en seguida la guarda de los mismos, en nombre de la Iglesia romana, á los oficiales reales; los bienes serían administrados por comisarios designados conjuntamente por el papa, los obispos diocesanos y el rey. En cuanto á los crímenes de herejía, Clemente distinguió dos especies: crimen de la orden, como tal orden; crímenes particulares de cada uno de los miembros de la orden. La suerte de la orden no podía decidirse más que por un concilio general: se convocó un concilio en la ciudad de Viena, en el Delfinado, para el mes de octubre de 1310 y se designaron varios comisarios—entre otros el arzobispo de Narbona, los obispos de Bayeux y de Mende—para reunir documentos adecuados al objeto de ilustrar dicha asamblea. El proceso contra las personas de los templarios, distinto del proceso contra la orden del Temple, debía reanudarse en el intervalo: el papa encomendó el conocimiento del mismo á los obispos diocesanos y á los inquisidores. El gran maestre y los altos dignatarios fueron los únicos que la Santa Sede se reservó juzgar personalmente.

El ajuste de este pacto, que decidió la suerte de los templarios, fué seguido de una odiosa comedia. Se llevó ante el papa y el Sacro Colegio á sesenta y dos caballeros sacados de las cárceles de París, amansados por la tortura, escogidos entre los cobardes, y dispuestos á persistir en sus confesiones. Parece que las gentes del rey, después de haber obligado á Clemente á que fuera su cómplice, hayan tenido, por añadidura, la pretensión de convencerle.

reunida en la abadía de Santa Genoveva de París, hizo saber que estaba constituida y pronta á recibir las declaraciones de todos. Pero este conjunto de hombres moderados, relativamente independientes, amparados por el prestigio de la Santa Sede, eran vistos con desconfianza por los consejeros del rey. Parece que no les hayan dejado obrar hasta que estuvieron seguros de ejercer una fiscalización sobre sus actos. Las vistas no se inauguraron en realidad hasta el 26 de noviembre. Por las actas de esas sesiones se ve perfectamente el estado de alma de «esos pobres caballeros templarios,» casi libres, por primera vez desde su arresto, de hablar ante un auditorio en apariencia benévolo, sin el temor inmediato del cepo y del caballete, del embudo y del braserillo.

La primera sesión, de 26 de noviembre, empezó por una escena característica. Aquel día, el gran maestre Santiago de Molai fué llevado, á petición suya, ante los comisarios instalados en un cuarto del obispado de París, detrás del *aula episcopalis*. Se le preguntó si quería «defender á la orden» y reconocerse ó no culpable. «No soy tan sabio, respondió, como fuera menester; sin embargo, estoy pronto á defender á la orden con todas mis fuerzas, y sería muy vil si no lo hiciera, después de haber recibido de ella tantos bienes y tantos honores. Pero me es difícil defenderla convenientemente en la situación en que me encuentro, prisionero del papa y

del rey, no teniendo ni cuatro dineros para gastar á mi voluntad. Pido, por lo tanto, auxilio y consejo, porque quiero que se sepa la verdad, no sólo por los mismos templarios, sino que también por los reyes, príncipes, prelados y barones, aunque los de la orden hayan sido alguna vez demasiado duros, lo confieso, con algunos prelados, para la defensa de sus derechos (1). Me atengo al testimonio de esos prohombres.» Los comisarios, un poco sorprendidos, manifestaron en seguida el espíritu que les animaba, una parcialidad cautelosa: «Tened cuidado, reflexionad, pensad en las confesiones que ya tenéis hechas. Estamos prontos á oiros, si persistís en defenderos, y á concederos un plazo, si queréis deliberar por más tiempo. Os recordamos tan sólo que en materia de herejía y de fe se procede simplemente, *de plano* y sin camorra de abogado.» No querían, evidentemente, que Molai tomara posiciones para la defensa. Viéndole vacilar por efecto de sus exhortaciones á la prudencia, le hicieron leer y traducir á la lengua vulgar cinco ó seis documentos oficiales, entre otros la lista de las confesiones que los fiscales de la curia romana habían recibido ó afirmaban haber recibido de boca del mismo Molai en la época de la segunda entrevista de Poitiers. Durante esta lectura, Molai dió señales de una viva estupefacción y se santiguó dos veces diciendo «que si los señores comisarios querían escuchar ciertas palabras, él se las diría al oído.—No estamos aquí para recoger el guante de desafío.—No es esto lo que yo quiero decir; pero ojalá pluguiese á Dios que se observara aquí la costumbre de los sarracenos, que cortan la cabeza de los perversos, hendiéndola por la mitad.—Acordaos, añadió un comisario sin contestar á ese apóstrofe, que la Iglesia romana entrega á los contumaces al brazo secular.» Molai, exhausto de argumentos, miraba hacia el fondo de la sala. Allí vió á un caballero del rey de Francia, Guillermo de Plaisians, el segundo de Nogaret, que se encontraba presente, sin el consentimiento de los comisarios, para vigilar su conducta y la presa de su señor. Molai pidió hablarle privadamente. «Sabéis cuánto os quiero, dijo Guillermo. Los dos somos caballeros. No quiero que os perdáis sin razón.» He aquí al templario indeciso, envuelto por esas protestas engañosas: «Ya veo que, si no delibero, podría correr peligro.» Después de lo cual pidió un plazo de doce días. Los comisarios, encantados, habrían fijado de buena gana un plazo aún más remoto, persuadidos de que cuanto más tiempo tuvieran las gentes del rey para trabajar al prisionero, más fácilmente podrían reducirle.

Algunos días después el gran maestre reapareció casi dominado. Empezó dando gracias á la comisión por el plazo que le había concedido. Se le reiteró después la pregunta: «¿Queréis defender á la orden?—Soy, contestó, un pobre caballero ignorante. En una de las cartas apostólicas que se me leyeron el otro día, oí que el señor papa nos ha reservado á su justicia á mí y á ciertos dignatarios de la orden. En la situación en que estoy, prefiero abstenerme. Iré á presencia del papa cuando éste lo disponga. Pero os ruego que le indiquéis que, siendo mortal y estando sólo seguro del momento presente, desearía que le pluguiera oirme lo más pronto

(1) Molai hablaba delante de obispos.

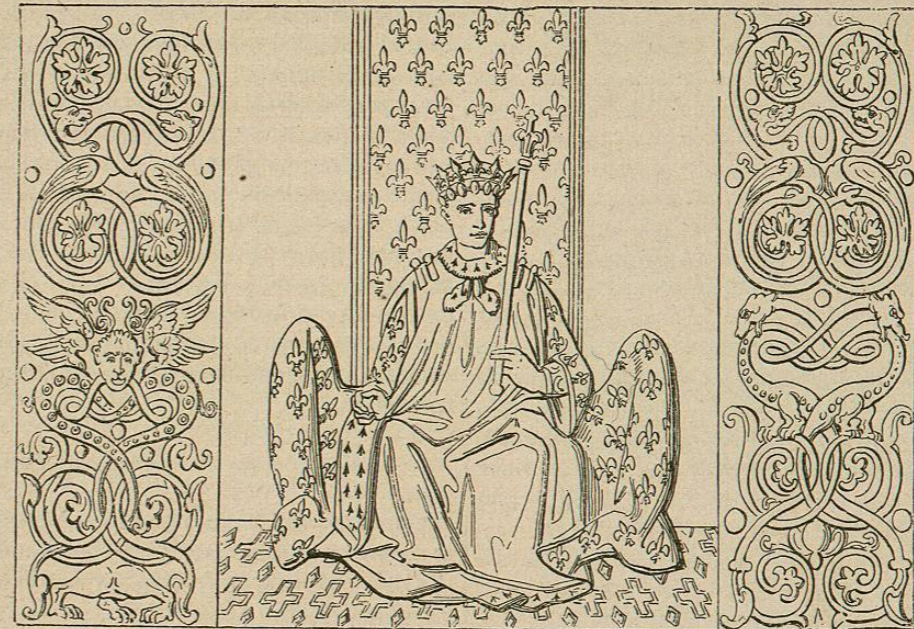
posible. Solamente entonces diré lo que pueda para el honor de Cristo y de la Iglesia.» Todo parecía terminado con esta respuesta; pero, en el instante de retirarse, el corazón del gran maestre se sublevó; se detuvo, y dirigiéndose hacia el tribunal: «Para descargar mi conciencia quiero, sin embargo, deciros tres cosas acerca de la orden: la primera, que no conozco instituto religioso cuyas capillas é iglesias tengan más bellos ornamentos que las del Temple; solamente en las catedrales se celebra con más riqueza el servicio divino. La segunda, que no conozco ninguna orden religiosa en que se practique con más largueza la limosna, porque en todas las casas de la orden se da tres veces por semana á todo el que la pide. En tercer lugar, que no hay ninguna clase de gentes que hayan derramado tanta sangre por la fe cristiana como los templarios y que sean más temidos de los infieles. En Mansourah, el conde de Artois puso á los templarios en la vanguardia, y si les hubiera creído...» Aquí una voz interrumpió: «Todo esto no sirve de nada para la salvación, sin la fe.—Es verdad, dijo Molai; pero yo creo en Dios, en Dios en tres personas, en toda la fe católica, *unus Deus, una fides, una Ecclesia*. Yo creo que, cuando el alma esté separada del cuerpo, se distinguirá al bueno del malo, y que todos sabremos la verdad de lo que pasa aquí.» A todo esto, Guillermo de Nogaret, canciller del rey, que estaba en la sala, tomó la palabra sin ningún miramiento: «En las crónicas que hay en Saint-Denis, dijo, está escrito que en el tiempo de Saladino, sultán de Babilonia, un maestre del Temple prestó homenaje á dicho Saladino, y que el mismo sultán, al recibir la noticia de un gran descalabro de los del Temple, dijo públicamente que esto les había ocurrido en castigo del vicio infame y de su prevaricación contra la ley.» ¡Extraño documento, que demuestra el estado de espíritu de aquel que lo utilizó! Molai quedó estupefacto. «Jamás he oído decir esto. Sé únicamente que mientras yo estaba en ultramar, en la época en que era maestre el hermano Guillermo de Beaujeu, yo y muchos templarios que éramos jóvenes y estábamos ansiosos de ver hechos de armas, murmurábamos contra el maestre porque había concertado una tregua con el sultán. Pero comprendimos en seguida que no hubiera podido obrar de otro modo.» Como la sesión se prolongaba inútilmente, Molai puso fin á ella rogando humildemente á los comisarios que le permitiesen oír misa y tener sus capellanes. Esto le fué concedido, y se alabó su devoción.

Varias declaraciones son tan interesantes como ésta. El proceso hace desfilar ante nuestros ojos á hombres de todas clases: sencillos, prudentes, buenos oradores, cobardes, sinceros, exaltados. Se ve á los infelices temblar, mentir, combinar mezquinas habilidades, ó bien indignarse, deshacerse en lágrimas.

Los más cándidos, sin descubrir detrás de los comisarios al Nogaret ó al Plaisians que les estaban acechando, creyeron llegado el día de la sinceridad. Uno de ellos fué el hermano Ponsard de Gisi. En un arranque de confianza declaró que lo confesado por él mismo y por otros hermanos ante los inquisidores era falso y les había sido arrancado á la fuerza. «¿Fuisteis atormentado?—Sí, tres meses antes de mi confesión me ataron las manos detrás de la espalda tan fuertemente

agarrotadas, que la sangre salía por las uñas, y me pusieron en un hoyo, atado con una correa. Si me hacen sufrir otra vez semejantes torturas, negaré todo lo que digo ahora y diré todo lo que quieran. Estoy pronto á padecer suplicios con tal que duren poco; que me corten la cabeza, que me hagan cocer, por el honor de la orden; pero no quiero soportar martirios á fuego lento como los que me han hecho sufrir desde hace más de dos años en la cárcel.» Entonces, lo mismo que en las sesiones en que había comparecido Santiago de Molai, el hombre del rey interrumpió; produjo una denuncia

de angustia habían acudido á la memoria de aquel infeliz. La cédula presentada por Juan de Monreal á los comisarios en 3 de abril, en nombre de muchos de sus hermanos, es un alegato en que los acusados manifiestan su desarreglo mental por la más extraña acumulación de argumentos excelentes y pueriles. «En las iglesias del Temple el mayor altar era el de Nuestra Señora... Los templarios hacían muy hermosas procesiones en las grandes festividades... Nuestro señor el rey de Francia y otros reyes han tenido templarios como tesoreros y como limosneros: ¿los habrían elegido si el Tem-



Felipe el Hermoso en su trono de justicia. (Lenoir, *Musée des monuments français*.)

contra el Temple, libremente escrita en otro tiempo por ese mismo Ponsard de Gisi. «Lo confieso, dijo el culpable, yo escribí esa cédula; pero fué un día que estaba perturbado contra la orden, un día en que el tesorero del Temple me había injuriado.» Y al marcharse exclamó: «Temo mucho que se agrave mi prisión, porque quiero defender á la orden.»

Centenares de templarios adoptaron esta misma actitud, pero de un modo aún más viril, y la mayor parte de las veces sin frases retóricas: «Quiero justificar á la orden; no conozco en ella nada malo.» En 28 de marzo de 1310, quinientos cuarenta y seis templarios internados en París eran defensores de la orden. La comisión, para obtener de ellos el nombramiento de procuradores, envió á sus notarios, á partir del 31 de marzo, á cada una de las casas donde estaban encerrados: á casa de Guillermo de la Huche, calle del Marché-Palu, al Temple, al palacio del conde de Saboya, á la abadía de Santa Genoveva, á la abadía de Santa Magloria, etc. Todos los prisioneros, según relación de los notarios, afirmaron de nuevo la inocencia de su orden. Varios de ellos entregaron largas súplicas individuales ó colectivas. El hermano Elías Aimeri confió á los amanuenses de la comisión, rogándoles que corrigieran sus barbarismos, una homilía que empieza así: «Oh María, Estrella del mar, condúcenos al puerto de salvación...» fragmentos de breviario y de letanías que en las horas

ple hubiera sido culpable?... Las espinas de la corona del Salvador, que florecen en Viernes Santo en las manos de los capellanes del Temple, no florecerían si los hermanos fuesen culpables... Han muerto en ultramar más de 20.000 hermanos por la fe de Dios... Estamos prontos á combatir á todos los adversarios del Temple, excepto á las gentes de nuestro señor el rey y de nuestro señor el papa...» Los procuradores elegidos de común acuerdo por los 546 resumieron en 7 de abril, delante de la comisión, todas esas cédulas parciales en su gran solicitud inaugural, que es una hermosa obra de elocuencia, sencilla, vigorosa y lógica.

Los asuntos de los templarios parecían, pues, estar en buen camino hacia la primavera de 1310. La orden había encontrado en París una legión de defensores, representados por procuradores regulares. Los que querían ahogar la verdad debían obrar sin pérdida de tiempo. Obraron, en efecto; y no habían imaginado hasta entonces nada tan escandaloso como el expediente de que se valieron. Se aprovecharon de que los procesos contra la orden y contra las personas se seguían paralelamente, y de que los jueces del proceso contra las personas en París les eran completamente adictos, para atemorizar mortalmente á los testigos del proceso contra la orden. El juicio contra las personas en el obispado de París correspondía, en virtud de las letras pontificias, al concilio provincial presidido por el arzobispo